

GUERRA DE FANTASÍA



de disciplina que requiere la comunicación de ritmos y formas expresivas a la materia inerte. Los pasos en falso de la fantasía, al carecer de valor simbólico, conducen al servilismo, a la adulación de las cosas fuertes.

Las declaraciones fantásticas del secretario de la OTAN, meros ecos de la voz de su amo, pertenecen a la retórica moralizante de un sermón de campaña, sin ser, lo que se dice, poéticas. ¡Qué sumiso y peligroso capellán de las armas! ¡Qué beato y qué tonto más útil! Para cumplir la misión de turco en los Balcanes para convertir el deseo de Autonomía de Kosovo, dentro del Estado de Yugoslavia, en necesidad vital de Independencia por mediación del terror; para hacer escarmiento de la función moral del dolor y de la muerte, nada mejor que la fantástica oración de un renegado otanista, educado en la postmoderna escuela española del crimen de Estado, de la mentira de Estado y de la imbecilidad de Estado. La barroca fantasía de un tonto servil, cuando quiere ser útil, no tiene límite.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

Es una fantasía bombardear, de modo sistemático y duradero, las instalaciones militares y políticas de un país independiente, sin que este acto implique una declaración de guerra. Es otra fantasía declarar que este bombardeo no está dirigido contra el pueblo que lo sufre, sino contra la persona «bombardeable» que lo representa y dirige, con plena aprobación y solidaridad de ese mismo pueblo. Es una fantasía que la potencia bombardera amenace, con mayores males sin cuento, al país bombardeado, si su gobierno osa juzgar ante un tribunal militar a tres soldados del ejército bombardeador, capturados en territorio enemigo y hechos prisioneros. Y es otra fantasía intervenir bélicamente en apoyo de una comunidad étnica mediante su Autonomía provincial, sin provocar el aumento de la represión interior y la posterior necesidad de su Independencia. ¿Por qué el máximo poder de acción, que tanta importancia concede a la opinión internacional, emplea la máxima estupidez en sus justificaciones?

Ciertamente, una propaganda de fantasías debería responder a una guerra de fantasía. Pero si toda propaganda bélica, para ser tal, ha de ser falsa, no tiene por qué ser necesariamente estúpida. Y no hay mayor idiotéz, salvo en el arte y en el amor, que la de acudir a la exclusiva fantasía para suplir el defecto de imaginación. El poder puede permitirse lujos de torpeza mental que causarían ruina en la riqueza; y en la pobreza, indignancia. El recurso a la fantasía es tal vez el primero de esos lujos. Si no destruye al poder que la emplea en su discurso, es porque sustituye con otras fantasmagorías las ya desvanecidas a la cruda luz del día. Desde que la opinión está fabricada por los medios, y estos han devenido dependientes de los centros mundiales de información, el poder gobierna a pueblos, incluso cultos, adictos a las más disparatadas fantasías políticas. La misma guerra ha de parecer fantástica para que sea aceptable. Y aunque la acción militar, desplegada para destruir y matar, no pertenece desgraciadamente al campo de la fantasía, deja a la propaganda bélica el cuidado de que así aparezca. De este modo, llegamos a ver las guerras reales con menos emoción que las de película. Pero la guerra en Yugoslavia no es de fantasía.

La visión de la guerra como fantasía trastoca profundamente la función natural de nuestras facultades psíquicas. Suplanta el entendimiento por el delirio y elimina el sentido común. Convocar a la fantasía para cumplir menesteres prácticos que son propios de la imaginación—representadora de la realidad que no está presente—, no sólo denota poca inteligencia de lo que puede ser con razón imaginable, sino sobre todo una alarmante falta de disciplina en el control de los propósitos morales. Un tipo de control que sólo el arte está en condiciones de imponer a la fantasía, a causa de la necesidad

SEXO Y LIBERTAD



ran gozar libremente de su sexualidad, re-presentando cualquier norma una represión dictatorial. Los movimientos del sesenta y ocho, captados también superficialmente, no dejaron de contribuir al impulso de esta amoralidad.

Sorprende la reciente actitud de la izquierda en el Congreso de los Diputados, al oponerse en la necesaria reforma de nuestro Código Penal a medidas que trataban de combatir la pornografía infantil, como la tenencia de ésta y la asistencia a espectáculos pornográficos protagonizados por menores. Oposición que, con la inhibición del PSOE en la votación, llegó a bloquear la urgente promulgación de disposiciones legales que combatan la violencia doméstica de un modo verdaderamente eficaz.

La aludida sorpresa, sin embargo, se disuelve, si nos percatamos de la confusión en que algunos sectores de la izquierda—y de la sociedad española en general—han caído respecto a las relaciones entre sexo y libertad. Hemos asistido, en este sentido, a una elemental reacción ante la represión a la cual nuestra sociedad fue sometida durante los largos años de la dictadura, y cuyas raíces se encontraban en el peso de una tradición católica conservadora, y en tal gesto reactivo se difundió la conciencia de que el mundo de la sexualidad debía de ser liberado de normas. Se convertía en el reino de la espontaneidad sin trabas, en que los seres humanos pudie-

Ante esta situación se hace precisa una reflexión de fondo que me parece apremiante. Su marco general es la necesidad de una nueva moral, una moral laica y superadora de las limitaciones y de la hipocresía de la moral tradicional. Pero no se trata, sin más, de renunciar a las normas, como los niños que salen gritando al recreo. Si la naturaleza humana es abandonada a la espontaneidad, se cae en la barbarie. En este terreno y en la educación, en que podemos notar fenómenos similares, concernientes a la concepción negativa de la disciplina, imprescindible para el logro educativo y para el gozo creador, superficialmente denunciada en ciertas posiciones como mera represión. Sí: en el sexo, en la educación y en todos los campos de la vida humana se impone pensar y realizar una nueva moral. Su ausencia ha sido una de las claves del desastre de la izquierda en nuestro país y también en gran parte de nuestro mundo occidental.

Volviendo sobre nuestro más directo tema, la moral tradicional ha estado guiada por el rechazo a la sexualidad y al goce de la corporalidad. La sexualidad sólo podía realizarse dentro del matrimonio canónico, cuya «finalidad primaria» era la reproducción. Semejantes tabúes eran perfectamente compatibles, socialmente, con la libertad del patriarca para vulnerarlos y la admiración que su exhibición de poderío sexual producía, con la institución de las queridas y la defensa de la prostitución por los teólogos, con arreglo a la doctrina del «mal menor». Y en nuestros días el Sr. Wojtyła sigue clamando por dicha moral, condenando los anti-conceptivos—discurso que podría ser considerado como un crimen contra la salud y el futuro de la humanidad— el aborto, la homosexualidad. Es evidente que dichas posiciones, fugitivas de la capacidad de goce y realización del ser humano han de ser arrojadas por la borda en una sociedad más libre y feliz. Pero no podemos olvidar que la sexualidad humana es una fuerza enormemente poderosa, capaz de arrollar, cuando es desarrollada de un modo egoísta y desde posiciones de poder, la libertad de los otros y de las otras para convertirlos en mero objeto. La explotación sexual de las mujeres, de los niños—que hoy se descubre con tan siniestros aspectos—de los oprimidos, ha sido junto a la explotación laboral y de raza, una de las tremendas lacras de nuestra historia. Y junto a ella la conversión del cuerpo humano en objeto de mercado, por muy maravilloso que el mundo del mercado sea presentado por la derecha. La izquierda que luchan por la emancipación humana debe encontrar aquí, en la defensa de los débiles y desvalidos un frente de lucha. Y en la conquista de relaciones de auténtica comunicación y unidad, como personas, en la relación erótica entre ellas, su objetivo.

Carlos PARIS

EL PNV, A EXAMEN

Los más optimistas de entre los que analizan la cosa vasca han asegurado a Juan Bravo que Euskal Herriarrok, en su actual composición, y a la espera de otras eventuales órdenes de ETA, cree que puede sacar más beneficio para sus objetivos últimos (que no olvidemos que se enmarcan en el territorio de la independencia) con el uso exclusivo de la política, incluso después del 13 de junio, que con el acompañamiento de la violencia. Hasta tal punto lo creen, que han llegado a convencer a Ibarreche, que les ha abierto los brazos pese a que los batasunos no cumplan con la condición de condenar la violencia.

¿Cómo se casa esta propuesta de mante-

nimiento de la tregua callejera con la evidente estrategia de rearme de ETA, de recomposición de los comandos, de preparación de secuestros para rellenar sus arcas? Parece evidente que ETA continúa con su línea de «tregua vigilada» por las armas. Pero no tanto respecto al Gobierno de Aznar, con el que no hay comunicación alguna, ni confianza perceptible. A quien vigilan es al PNV. Si el partido de Arzallus mantiene el guión, con su más o menos clara escalada autodeterminista y anticonstitucional, o ETA volverá a matar. Y, si lo hace, el fracaso del PNV será tan clamoroso que nunca podrá levantar cabeza.

Juan BRAVO

